

que «las llamaradas se han convertido en luminosos incendios». Tales son las dimensiones del corpus mediático recogido en este volumen que se suma explícitamente a otros estudios anteriores sin el menor propósito de mitificaciones innecesarias para un escritor del alcance universal de Valle-Inclán.

Imposible dar cumplida cuenta aquí de las muchas informaciones y atinadas reflexiones que se van desgranando a lo largo de este libro. Imposible resumir los abundantes instrumentos contextuales que se manejan con envidiable habilidad, probando que la investigación periodística sigue siendo una vía muy productiva para profundizar en los aspectos externos de la historia literaria y en sus conexiones con la historia general de la cultura.

CECILIO ALONSO
VALENCIA

José Jurado Morales. *Las razones éticas del realismo. Revista Española (1953-1954) en la literatura del medio siglo. Sevilla. Renacimiento. 2012. 412 páginas.*

En los estudios de la historia de la literatura del medio siglo español aparecen dos revistas literarias como relevantes núcleos aglutinadores: *Laye*, del grupo generacional barcelonés; y *Revista Española*, del madrileño. A diferencia de la catalana, la revista madrileña no había recibido una atención acorde con el interés que suscitan sus frecuentes referencias. Esta razón, asociada al convencimiento de que las revistas anteceden y anuncian el devenir de las corrientes ideológicas, culturales y estéticas, junto a su dedicación al campo de las revistas y a la literatura de aquel período, ha llevado al profesor Jurado Morales a la investigación profunda y minuciosa del fenómeno literario que constituyó la aparición de *Revista Española*, abordándolo desde sus aspectos más extrínsecos hasta los más intrínsecos literarios, con el espléndido resultado que este libro nos ofrece.

El ameno relato de la gestación de *Revista Española* muestra ya las características de este tratado: amplia documentación que desde la anécdota y los datos concretos derivan hacia consideraciones más trascendentes y una articulación coherente y progresiva, dirigida al descubrimiento de un asunto central: la novedad que esta publicación aporta en su patrocinador y sus responsables. Aquí, y dentro del escenario socio-político franquista, emerge la figura de su fundador, don Antonio Rodríguez-Moñino, un docente liberal, depurado y represaliado por el Régimen. Exiliado en su propio país y reconocido fuera, va reanudando la vida social y cultural, acudiendo a tertulias de cafés y restaurantes. En ese círculo fructifica la idea de fundar una revista, libre e independiente, que dé cobijo a los jóvenes, quienes saludan eufóricos el proyecto. Cuenta Moñino con la colaboración de los hermanos Soler, propietarios de la editorial Castalia, a la que el bibliófilo estaba ligado. Y elige a tres incipientes pero prometedores escritores como principales responsables: Ignacio Aldecoa, seductor, aglutinador y vitalista; Alfonso Sastre, líder de iniciativas teatrales innovadoras y de acusado carácter político-literario; y el excéntrico Rafael Sánchez Ferlosio, de formación cultural hispanoitaliana tan influyente, señala Jurado, en la acogida del neorrealismo por *Revista Española*.

Pero, además, los vastos anhelos culturales de un hombre sabio y erudito le hace a Moñino concebir su obra con una identidad polifónica, que sirva de caja de resonancia también a otras artes diferentes a la narrativa (artes plásticas, música, teatro, cine y discos). Para ello conforma un equipo de críticos muy acreditados en sus res-

pectivas parcelas, de variadas edades y trayectorias. La mayoría sintoniza intelectual y políticamente con Moñino, y de ellos traza Jurado sendas biografías, condensadas y atractivas para el lector, que conforme avanza la lectura va reconstruyendo el ambiente social, cívico y cultural en que estos intelectuales manejan sus vidas.

Jurado emprende esa tarea desde la primaria cuestión del título, *Revista Española*, inserto en la tradición de los libros y revistas que participan en el debate de las dos Españas, entendiendo la referencia explícita del rótulo como compromiso con un tiempo en que la literatura no podía sustraerse de intervenir en el cambio de unas circunstancias difíciles, de represión y necesidades. Empeño coherente con el fundamental designio neorrealista de la publicación, en la actitud y en la sobriedad física que, en argumentada conclusión de Jurado, revelan una conexión con la austeridad nohentayochista y las publicaciones progresistas hasta la guerra, al tiempo que marcan su distancia con las del franquismo. Aspectos externos e internos que Jurado disecciona y comenta con exhaustiva precisión, en páginas estimulantes para investigadores de componentes como el papel publicitario, la difusión, la recepción o el contexto, donde emergen lugares, actos y jóvenes unidos por lazos vitales y artísticos, entusiasmados con el ambicioso plan en el que un prestigioso mecenas arriesgaba dando prioridad a la prosa.

A este propósito, Jurado Morales efectúa un rico balance del horizonte editorial de las publicaciones periódicas literarias en aquel ámbito cultural, donde la censura mantiene estricta vigilancia y control, el sistema educativo universitario abre brechas de tolerancia a través de voces desencantadas y discordantes con la dictadura y crecen numerosas revistas que acogen a éstos y a otros escritores antes proscritos por la dictadura, bastantes de ellas universitarias y plataforma de las inquietudes de los jóvenes. De ese balance deriva un rasgo esencial de *Revista Española*: la gestión ajena a cualquier proteccionismo o privilegio institucional en aras de la libertad de expresión y la independencia, en una línea de denuncia sociopolítica, como denota la diversa extracción de sus colaboradores, entre los que se encuentran hombres del Régimen, coetáneos de Moñino con biografía similar a la suya, y «niños de la guerra», jóvenes de la generación de sus tres responsables por los que a aquella se le conferirá la condición de revista de la generación del medio siglo, algunos de los cuales (Sastre, Quinto y Sacristán) destacan por sus implicaciones políticas y empresas teatrales y literarias combativas.

Todos ellos configuran la línea vertebradora, progresista y liberal, de *Revista Española* que da cuenta del problema de España testimoniando una realidad miserable desde un compromiso crítico, ético y estético. A ese modo de lucha contra el Régimen contribuye con una reivindicación de modernidad literaria, transmisora de la libertad política y moral creciente más allá de nuestras fronteras y evidente en la incorporación de textos de escritores tan relevantes como Cesare Zavattini, inspirador de un arte que mueva a la ternura, la compasión y la solidaridad con el prójimo, un arte crucial en el programa artístico del grupo generacional y de *Revista Española*; con menor trascendencia, el portugués Fernando Namora, narrador realista del mundo rural; el galés Dylan Thomas y el estadounidense Truman Capote, referentes del “malditismo” escandalizador en esos momentos; o aportaciones atentas a la actualidad de la crítica extranjera, con ilustres nombres y obras de referencia. En definitiva, *Revista Española* busca afanosamente dialogar con la modernidad de aires foráneos que contribuyen a oxigenar el grisáceo panorama cultural español.

Ese diálogo se sustenta de manera fundamental en el neorrealismo, cuyos presupuestos éticos y estéticos se aproximan a sus objetivos. Y a él, junto al cuento, dedica

Jurado Morales el grueso de su estudio. Así seguimos cómo el movimiento neorrealista, asentado de largo en Italia, irrumpe en España con inusitada fuerza y enfervorizada recepción en acontecimientos cinematográficos, clandestinos u oficiales, de emocionante impacto en intelectuales y artistas, como las proyecciones de *Roma, città aperta*, de Roberto Rossellini, y *Ladrón de bicicletas*, de Vittorio de Sica, en 1950; las dos Semanas de Cine Italiano (1951 y 1953) y las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales (ya en 1955). No es casual, por tanto, que entre los dos primeros números de *Revista Española* se ofrezca, en versión de Ferlosio, el relato de Zavattini *Totó el bueno*, texto de partida para la película *Milagro en Milán* de V. de Sica, de gran repercusión entre los jóvenes universitarios.

Por entonces, además, en el seno del Régimen comenzaban a vislumbrarse algunos cambios en Educación, el Espectáculo y la Cinematografía, y se producían frutos renovadores (como las películas de Bardem y Berlanga) recibidos ya como arte neorrealista por publicaciones y críticos de variado signo. Súmese a ellos la importante labor de los cineclubs y la mediación de instituciones oficiales de otros países en España que propiciaron el acceso a películas o a libros, para comprender la fascinación causada por este cine portador del nuevo ideario ético y estético en la juventud intelectual e inquieta del medio siglo y, claro está, en la que se aglutina en torno a la revista.

Deja, en cambio, Jurado Morales sin abordar, aunque nos remite a algunos trabajos, el muy atrayente asunto de esa influencia cinematográfica para historiar las posteriores ligazones de buena parte de los jóvenes escritores al cine. Esta actividad, unida a otra serie de circunstancias (culturales, literarias, personales), favorecen el diálogo con la actualidad que *Revista Española* persigue, asentado en una de las corrientes vanguardistas del momento, el neorrealismo, y, en su seno, el cuento como el otro pilar definidor de su cometido editorial, según revela la mencionada acogida inicial de *Totó el bueno*, compendio de los rasgos esenciales del movimiento (propensión a la crónica, crítica política, postura humanitaria, solidaridad...) y modelo para los mejores cultivadores noveles del género, como Aldecoa y Fernández Santos.

Pues, en efecto, en un entorno abundante en publicaciones atentas a la poesía, *Revista Española* muestra el rasgo distintivo del cultivo prioritario del cuento, un género en aguda decadencia desde su auge en el primer cuarto de siglo, aunque se siguen editando, pero con los rasgos del contexto dictatorial y literario de la posguerra, la indefinición en cuanto género y la concepción formal de raigambre decimonónica. Revitalizado en los cincuenta a socaire del desarrollo editorial que promueve antologías y colecciones, de las publicaciones periódicas, de los concursos literarios y de los premios institucionales, su cultivo, que suscita también el interés de los hispanistas, puede incluso entrañar, en estimación de Jurado que compartimos (ahí están las figuras señeras de Aldecoa, Matute, Fernández Santos, Medardo Fraile, Ferlosio, Martín Gaité, De Quinto, C. Edmundo de Ory), una marca de identidad generacional. Jurado destaca el rasgo de modernidad que, sin duda, implica el propósito editorial de *Revista Española* del diálogo, una vez más, con su tiempo, en cuanto canaliza voces de una juventud universitaria crítica con la realidad sociopolítica reflejada en sus relatos, vinculándolos así al género en que muchos de ellos se forjan como narradores antes de acometer la novela y al que dotan asimismo, desde la nueva perspectiva, de unos renovados componentes temáticos, estructurales y técnicos. Por su apuesta prioritaria por este género, con excelentes maestros foráneos y prometedores jóvenes españoles, *Revista Española* aparece como “escaparate de la nueva literatura”.

A demostrar que el cometido de ese proyecto no adolece de asepsia o falta de compromiso dedica Jurado aún mayor extensión. Aduce en su convincente argumentación manifestaciones de los propios colaboradores de la revista cuando defienden un arte testimonial equilibrado entre el subjetivismo observador del artista y la constatación de la realidad «auténtica», y critican justamente la ausencia de compromiso y la mediocridad artística, la incomunicación cultural de España, la censura. Y denuncian contenidos de hondo calado, como la carencia de los valores éticos del humanismo cuya restitución reclaman y de la solidaridad humana que promueve la tragedia en el espectador a través de la identificación con la angustia y el dolor del otro. En definitiva, este grupo generacional del medio siglo, jóvenes de extracción universitaria, rebeldes tildados por el Régimen de “jaraneros y alborotadores”, asume y apuesta por la búsqueda de la verdad en sus dimensiones externa e interna o invisible, como responsabilidad moral, incluso como “verdadera revolución” que llegue a la conciencia del lector o espectador y contribuya a su transformación y a la de aquella España retrada abriendo una ventana hacia más allá de nuestras fronteras.

Y esa tarea se lleva a cabo mediante la aportación más distintiva y paradigmática de la publicación y del grupo madrileño de narradores del medio siglo: la estética neorrealista y la actitud ética, caracterizada por un humanitarismo laico, que los motiva. En ella, como bien destaca Jurado y en otro lugar hemos estudiado, se da un equilibrio entre la constatación testimonial, crítica y denunciadora de la realidad material y la del mundo interior o espiritual, moral, de los personajes. Un mundo de seres humanos humildes, apenas supervivientes, desamparados, agobiados y abocados por ello a la marginación y el desvalimiento, que se ceba de forma más cruel en un territorio entrañable, el de la infancia, tan destacada y significativamente cultivado por quienes habían sido «niños de la guerra». Pese a la firme denuncia de estas circunstancias contra sus responsables, los relatos publicados, que recrean circunstancias personales y colectivas españolas, no plantean un final cerrado, con moraleja, sino una estructura abierta en la que el lector ha de ejercitar su papel de cocreador.

El relato corto como soporte creativo de *Revista Española* cuenta con el aval formidable de eminentes firmas desde sus primeros números y presentan los rasgos más característicos del sendero que van a surcar los jóvenes narradores españoles. *Totó el bueno*, de Zavattini integra los componentes testimoniales y morales del mundo vulgar y anodino donde unos seres humildes mantienen su “épica de la supervivencia”, impregnada de fantasía y humor como lenitivos de las carencias y del dolor. Por su parte, en *Maese Miserias* de Truman Capote se funden denuncia e imaginación en la historia de unos seres necesitados de amor y comprensión, en una escritura con dimensión simbólica de la que emanan temas trascendentes. Y «Días de viento» de Fernando Namora combina testimonio y defensa de los valores humanitarios en el empobrecido medio rural del Alentejo, donde el colectivo humilde padece el olvido de los poderosos y la pasividad social ante su extrema situación.

Como destaca Jurado Morales, la inexistencia de un manifiesto colectivo explícito de adhesión de los escritores españoles de la revista a la ética y la estética del neorrealismo, se cubre con los numerosos cuentos publicados, de notorio mérito en varios casos. El autor dedica casi un centenar de páginas a comentarlos con muy interesantes resultados, abordando de modo sustancial los temas o tópicos de la literatura mediodisecular, sin obviar por ello los aspectos estructurales, técnicos y estilísticos más pertinentes a sus análisis. Para ello, distingue cuatro grupos. Los tres primeros se relacionan con el movimiento neorrealista; el cuarto, con otros enfoques diferentes.

En el primer apartado se acerca a los relatos de quienes mejor se encuadran bajo el marbete canónico de neorrealistas y resultan los más relevantes narradores en ese momento y en su devenir creativo: Aldecoa, Fernández Santos, Sánchez Ferlosio y Martín Gaité, entre otros. Se cultivan en ellos los tópicos neorrealistas en torno a la vida cotidiana: oposición campo / ciudad, dureza de vida, emigración rural, pobreza y hasta miseria, exclusiones sociales, enfermedad, muerte, unidas éstas a la infancia, a menudo prematuramente madurada. Un panorama que tiene sus perniciosos efectos físicos y psíquicos en unos seres con un mundo interior que con frecuencia no manifiestan o no saben hacerlo, abocados a la rutina, el vacío, la soledad, el hastío, la falta de horizontes, la resignación o la rendición, donde apenas cabe la lucha por la vida en un medio hostil. Pero que, a pesar de su desvalimiento, ostentan unos rasgos de honestidad, sacrificio, nobleza y ternura que les confieren a sus vidas ese carácter de realidad “cruda y tierna a la vez”, que, añadimos nosotros, por inédita en la novela, Aldecoa buscó para las suyas. De ahí el carácter trágico de esos destinos, la veta existencialista de buena parte de los relatos que deja entrever lecturas de Camus (Ignacio dejó unos apuntes de conferencia hasta hace poco inéditos), Sartre y Kafka. Y de ahí, asimismo, la “grisura” que Jurado destaca en escenarios y ambientes de esos textos, en algunos de los cuales tiene presencia el tremendismo literario en boga. Lo cual se manifiesta de igual manera en la propia estructura (sobre todo en los finales abiertos) y el estilo, donde asoma con fuerza el lirismo que los dota de ternura, surrealismo o simbolismo, componiendo un compacto retrato de los personajes y su compleja humanidad.

Los tres cuentos del segundo grupo, orientados más hacia el realismo social, se deben a José María de Quinto, cuyos relatos Jurado aprecia como una especie de embrión de su literatura de tesis y combate social. Aquí el tratamiento de los materiales del neorrealismo se profundiza con una visión de calado a veces maniqueísta, afianzada por recursos característicos de la tendencia, como la estructura circular intensificadora, la pintura grotesca, el personaje colectivo, la situación límite o el final trágico potenciado por el *leitmotiv* ambiental del calor (frecuente en otros narradores y dramaturgos, como A. Sastre).

Por su lado, las narraciones del tercer apartado (los mejores, de Josefina Rodríguez, Medardo Fraile, Alberto de la Puente y Ramón Solís) atienden al mundo interior de los personajes, con mengua, aunque no olvido, de los asuntos sociales; una ruptura del equilibrio a favor de lo íntimo que marcaría la tendencia que, referida a sus más extremos productos novelísticos, uno de sus propios cultivadores e inefable vocero, García-Viñó, denominaría «metafísica». El enfoque intimista se centra en vivencias de cariz filosófico tratadas con matices existencialistas u oscilando entre lo tremendista y lo lírico, y a veces apoyado en un estilo no adecuado a la condición de los personajes y sus historias.

Además, *Revista Española* acoge textos con enfoques narrativos diferentes, desde los extranjeros que proponen una educación sentimental basada en el sincretismo entre hombre y naturaleza o indagan en los temas trascendentes, a los españoles que perseveran en los tonos existencialistas con diversos perfiles, el desarraigo o el lirismo, brindan un relato histórico, policíaco o negro, o cultivan el surrealismo, el simbolismo u otras rupturas vanguardistas más arriesgadas.

En suma, se nos dibuja un atractivo mosaico de la modernidad y el diálogo que la publicación mantiene con su tiempo, no sólo en el despuntar de líneas embrionarias de la nueva literatura, sino al esbozar un panorama de la que se cuece más allá de nuestras fronteras y en cauces minoritarios del interior.

De acuerdo con estos parámetros, *Revista Española* dio también cobijo al género dramático en sus vertientes teórica y creativa. Frente al teatro predominante (evasivo,

lórico, burgués, folclórico, de humor), Sastre y De Quinto apuestan en sus ensayos por la modernidad y el compromiso sociopolítico, siguiendo la concepción del teatro como «arte de urgencia» que habían defendido en el *Manifiesto del T.A.S. (Teatro de Agitación Social, 1950)*, donde proclaman que lo social es una categoría superior a lo artístico (sin que por ello, precisamos nosotros algo que a menudo se olvida, menosprecien lo literario, pues a continuación sostienen que “sólo un arte de gran calidad estética puede transformar el mundo”). En su cometido de agitación y denuncia, la tragedia es el género que mejor expresa el drama humano y puede actuar como «instrumento de purificación moral» y catarsis sobre el espectador que lo incline a la revolución social. Desde esa concepción, lamentan la pobreza del teatro español y su aislamiento, arremeten contra las obras foráneas mediocres que cierran el camino a los jóvenes españoles (cuando han surgido dramaturgos de la talla del propio Sastre y Buero Vallejo), salvan las de aquellos que son testigos de su época e inducen a la revolución, depositan su esperanza en los grupos universitarios de cámara y ensayo, y, en fin, reclaman una renovación drástica del teatro. En cuanto a las piezas de creación, presentan características y tendencias bastante paralelas a la narrativa: neorrealista; con inclinaciones al realismo social, testimonial o fuertemente politizado (M. Sacristán); de perfiles sartreano, existencialista, trágico; o muy innovadora en Juan Benet, con rasgos que anuncian su peculiar estilo narrativo ya en el ámbito del que en otro lugar hemos denominado «realismo crítico», inaugurado por Martín Santos con *Tiempo de silencio*.

Merece destacarse en esos análisis literarios un elemento al que el autor atiende con gran acierto, por este tipo de literatura que aspira a influenciar en la sociedad y porque completa la intelección del fenómeno literario: el receptor, lector o espectador. Considerando los *efectos* (por decirlo en términos de la Teoría de la recepción) que los textos condicionan, Jurado Morales ofrece las interpretaciones o *concreciones* personales derivadas de su proceso de lectura: percepciones, sensaciones, sentimientos, pensamientos, opiniones, que, de modo similar, pueden despertar en los lectores (desde sus peculiares horizontes de expectativas) la empatía con los personajes, la intensificación aflitiva mediante recursos estructurales y temáticos, la incitación a completar la historia, a interpretarla, a conferirle el último sentido, y, en fin, a que el lector tome conciencia y participe en la transformación social. Y en el caso del teatro, a concienciar y conmover al espectador predisponiéndolo a la revolución.

Se completa el análisis de la revista con una mirada a su identidad intelectual, cifrada ahora en las secciones de «Crítica» y «Ensayos», con artículos de mayor densidad e información. Lógicamente, abordan aspectos concretos de cada arte o cuestión. Pero, en general, coinciden en la visión crítica, por veces devastadora, del panorama artístico, la superficialidad de los productos, la inexistencia de recursos económicos o la imposición de la rentabilidad sobre la calidad, la distancia del público con las artes por diferentes variaciones, y, sobre todo, la necesidad de renovar las artes a fin de promover el deseado cambio del panorama cultural y, por ende, social.

No eran erróneas las estimaciones, quejas y críticas sobre el lamentable panorama en que intentó hacer oír sus frescas voces *Revista Española*, como revela el frustrante inventario de la nota final adjunta (cargada de impotencia y desengaño) al sexto y último número, dando por extinguido el proyecto concebido con tamaña ilusión. Los datos son fehacientes: a partir del cuarto número, drásticas reducciones de páginas y tirada, e incumplimiento de periodicidad durante el escaso año de su aventura. Jurado Morales investiga y reflexiona sobre las causas de este fracaso: apenas veintisiete suscriptores y ochenta ejemplares vendidos; carencia de logística y consecuentes difusión

y repercusión escasas, deducidas de un interesante cotejo con revistas nacionales e internacionales de la época; ausencia de colaboradores ya prestigiados; perfil narrativo; y, principalmente, casi nula financiación, reducida al único patrocinio de su benefactor. Esta decisiva rémora se debió a la independencia institucional de *Revista Española*, que, a cambio, permitió el breve pero significativo resplandor de una empresa valiente en sus elecciones, más valorada hoy que en su momento y que brindó espacio vital y literario a muchos de quienes pugnaban por introducir aires renovadores: escritores, unos, de largas biografías progresistas; otros, prometedores jóvenes que poco después irrumpieron con gran éxito en el panorama literario español, conformando el grupo madrileño de la promoción generacional conocida como la del medio siglo.

Según lo reseñado, Jurado Morales abarca todos los aspectos de esta aventura, en una consideración global del fenómeno histórico-literario que supone. Su exposición es sistemática, profundizadora, muy bien estructurada, erudita en las pruebas y en las presentaciones biobibliográficas, y a la vez muy didáctica. Además de la sensibilidad en su acercamiento incluso a los mínimos detalles físicos, frecuenta los recursos que ayudan a una lectura más clarificadora y amena, con argumentadas exposiciones, lógicas conclusiones, advertencias introductorias, referencias y resúmenes retroactivos, corolarios parciales, pertinentes repeticiones, expresiones que muestran sus intenciones, criterio, sospechas y deducciones. Quizás por todas estas valiosas y útiles cualidades, se eche en falta un apartado final de bibliografía selecta, que, más allá de algunas monografías o estudios citados aparte del material objeto del trabajo o próximo a él, sitúe éste en el contexto de otras investigaciones ya realizadas sobre la literatura del momento, la generación del medio siglo, las tendencias, los autores y sus nucleares obras dentro del movimiento, el cuento, la narrativa y su relación con el cine neorrealista, las versiones fílmicas de relatos, el tema de la infancia, poéticas de escritores, teatro, etc. En cualquier caso, ello no empece la alta calidad de un trabajo donde se reivindica la figura intelectual y humanista de un generoso y visionario promotor, don Antonio Rodríguez Moñino, comprometido ética y estéticamente con su tiempo, como los colaboradores coetáneos de “dura” biografía y los jóvenes, en particular aquellos a quienes confió la responsabilidad literaria de *Revista Española* en un atmósfera sofocante esgrimiendo, en diálogo con su tiempo, una actitud crítica, por veces revolucionaria y en esencia innovadora, aperturista hacia el interior y hacia lo foráneo, rupturista y, al fin, vanguardista en torno al deslumbrador movimiento neorrealista, cuyo brote cinematográfico y literario se historia y analiza. Queda así perfilada la identidad culturalista de la publicación sin menosprecio de la divulgadora, y su objetivo de cambio de la realidad a través de las artes influyentes en el receptor previsto en su horizonte de expectativas y siempre considerado por el autor en el desarrollo del libro. Y se examina el final de este proyecto independiente, atalaya de aires nuevos, que no pudo madurar por la asfixia histórica, cultural y económica del Régimen, pero que, a la luz de la historia literaria, potencialmente acertaba en su propuesta, hasta el punto de constituir un factor de cohesión para configurar el útil concepto metodológico –orientador, fuera de cualquier rigidez o afán de encasillamiento– de “generación” o “grupo generacional” del medio siglo. A mejorar de modo sustancial el conocimiento de su rama o “escuela” madrileña ha contribuido Jurado Morales cumpliendo su declarado propósito inicial con hondura y criterio excelentes.

HIPÓLITO ESTEBAN SOLER
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA